

III

La llegada al Aeropuerto de *Orly*, al sur de París, fue tan puntual como la partida desde Barajas y durante el vuelo de casi dos horas, por encima de unas pocas nubes blanquecinas y altas, entre las que se filtraron sin problemas los rayos solares del mediodía, tuve un viaje bastante cómodo, en el que la única molestia fue el intolerable mal olor despedido por las axilas de la mujer francesa sentada a mi derecha, junto a la ventanilla e inexplicablemente vestida con un grueso suéter de lana, el cual no se correspondía con la agradable temperatura que prevalecía en la región.

Luego de impulsar mi compacta valija, que había llevado en la cabina, por el irregular piso de los pasillos de la terminal, llegué hasta el *hall* de arribos y allí, justo frente a la cinta en la que descargaban el equipaje de mi vuelo, observé un gran cartel junto a una de las paredes vidriadas en el que se señalizaban -tanto en francés como en inglés- las distintas formas de viajar desde el aeropuerto hasta el centro parisino, donde tenía reservada una habitación de hotel.

No me costó demasiado optar por la opción del *OrlyBus*, el cual partía de uno de los andenes ubicados apenas se cruzaba la puerta de salida del *hall*, que daba a un amplio estacionamiento con paradas de micros y taxis, perfectamente identificadas con colores y números.

Gracias a que me encontraba en el seno de la Comunidad Europea, para salir del *hall* y llegar hasta la parada del *bus* no tuve que atravesar ningún tipo de control migratorio ni de seguridad, a pesar de tanto el aeropuerto como la ciudad habían sido recientemente escenarios de varios actos terroristas.

Renato no lo recordaba con precisión ni claridad aunque a la distancia había sido testigo, como millones de televidentes, de una seguidilla de atentados tan mortífera como estremecedora que mantuvo en vilo a todo el mundo y había comenzado hacía más de dos años con el ataque en la redacción de la revista *Charlie Hebdo*.

Este acto terrorista ocurrió por la mañana de un miércoles de pleno invierno europeo, en las oficinas ubicadas en el número 10 de la calle *Nicolas-Appert*, en el Distrito XI, y próximas a la Plaza de la Bastilla, adonde *Said y Chérif*, dos hermanos de origen argelino, ingresaron armados luego de tomar de rehén a uno de los dibujantes del medio y se dirigieron a la sala de reuniones en la que dispararon contra los allí presentes, asesinando a ocho miembros de la redacción, un policía y un invitado, e hiriendo a otras cinco personas.

Tras la masacre, los hermanos -que formaban parte de una red dedicada a captar radicales islámicos franceses para ir a combatir a Irak, hechos por los que Chérif había sido condenado en 2008 a tres años de prisión- escaparon en un auto y al grito de “Al-lahu ákbar” (Alá es el más grande, en árabe) y se tirotearon con la Policía Nacional, matando a uno de los efectivos durante un *raid* que incluyó una colisión con otro vehículo y el robo de otro auto en el que finalmente huyeron de París hacia la comuna de *Pantin*.

Ante esta situación, el gobierno francés elevó a 4 el *Vigipirate* -sistema nacional de alerta creado en 1978 por el presidente Valéry Giscard d'Estaing- y desplegó cerca de 88 mil policías y militares en procura de localizar a los hermanos Said y Chérif, quienes al día siguiente asaltaron una estación de servicio en *Vauciennes*, en la región de *Picardia*, y continuaron con la huida.

Ese mismo jueves, *Amedy*, un francés cercano a los mencionados hermanos y también con antecedentes por terrorismo, mató a tiros a una policía municipal e hirió

gravemente a otra persona en *Montrouge*, una comuna situada al sur de París y limítrofe con la capital.

Finalmente, el viernes por la tarde, los dos terroristas del ataque a Charlie Hebdo fueron cercados por las fuerzas de seguridad en *Dammartin-en-Goële*, al norte de París, donde robaron un nuevo auto y, al cabo de una persecución, se atrincheraron en una imprenta hasta que murieron durante un tiroteo con los efectivos del Grupo de Intervención de Gendarmería Nacional (GIGN).

Mientras que prácticamente a la misma hora, Amedy tomó rehenes en un supermercado *kosher* en *Porte de Vincennes*, en el XX Distrito de París, donde asesinó a cuatro de ellos antes de morir en medio del asalto llevado a cabo por los grupos de élite policiales para rescatar a las víctimas.

Durante la toma de rehenes, Amedy llamó a un canal de televisión y afirmó que actuaba coordinadamente con los hermanos Said y Chérif, y que lo hacían para la agrupación terrorista *Al Qaeda* en Yemen.

Un aluvión de imágenes de televisión sobre estos dos hechos casi en simultáneo fu retransmitido en vivo por todo el planeta y captó la atención del público por horas, como si se tratase de una película de acción, aunque más bien parecía una de terror.

No sólo la sensibilidad francesa quedó malherida a raíz de estos atentados sino también la mundial, y esto quedó en evidencia el domingo siguiente cuando dos millones de personas, entre ellas más de 40 líderes de distintas partes de la Tierra, participaron en París de una marcha de unidad nacional, y otros cuatro millones se sumaron a las manifestaciones en el resto de Francia donde la frase "*Je suis Charlie*" (Yo soy Charlie, en francés) fue el lema en común.

Y un día después de estas manifestaciones, el gobierno francés puso en marcha la *Opération Sentinelle* (Operación Centinela), que contaba con 10.500 soldados en 830

puntos sensibles como lugares de culto, escuelas, representaciones diplomáticas y consulares, órganos de prensa y, obviamente, los aeropuertos.

Diez meses más tarde, un viernes de noviembre, el otoño parisino se tiñó de rojo mientras que un primaveral Renato, al otro lado del Océano Atlántico, miraba televisión en la comodidad del sillón de la sala de estar de su casa, tras una intensa jornada laboral que había terminado más temprano que lo habitual.

El primer estruendo pasó casi inadvertido tanto para los televidentes como para los testigos presenciales a pesar de que retumbó en gran parte del estadio *Stade de France* de París, en el que la selección de fútbol local enfrentaba en un partido amistoso a su par de Alemania, con la presencia en las tribunas del entonces presidente galo, *Francoise Hollande*, y del ministro de Relaciones Exteriores germano, *Frank-Walter Steinmeier*.

Eran las 21.20 en la capital francesa e iban apenas 19 minutos del primer tiempo con el marcador 0-0. Y mientras los jugadores siguieron con sus acciones dentro del campo de juego la mayoría de los 80 mil espectadores creyó que aquel estallido eran fuegos artificiales. Sólo el presidente francés y el ministro alemán fueron alertados de lo que realmente ocurría y los evacuaron.

En tanto, el comentarista deportivo de la señal internacional en español sintonizada por Renato analizaba el encuentro sin saber que un joven terrorista, acompañado de otros dos, se acababa de inmolar con un chaleco cargado de explosivos en una de las entradas del *Stade de France*.

Cinco minutos después del primer estallido en el estadio, a las 21.25, dos hombres armados y a bordo de un automóvil dispararon contra los comensales de los

restaurantes *Le Carrillon* y *Le Petit Cambodge*, ubicados en la zona de La Bastilla, en el Distrito X.

Poco después, a las 21.30, otro terrorista se suicidó con explosivos en otra de las entradas al Stade de France tras no haber podido ingresar, lo que evitó una masacre mayor en las tribunas.

Entre las 21.32 y las 21.36, un par de tiradores a bordo de otro vehículo balearon a los clientes que se encontraban en la terraza del café *Belle Équipe*, en la calle Charonne, y en la pizzería *Cosa Nostra*, del Distrito XI.

Minutos más tarde, otro extremista se inmoló con explosivos frente a un restaurante situado en el *253 del Bulevar Voltaire*, aunque lo más sangriento le siguió a las 21.50 en el teatro *Bataclan*, durante un recital de la banda *Eagles of Death Metal*.

Allí, tres terroristas ingresaron a los tiros pero en vez de escapar, como en los otros ataques, permanecieron adentro unas tres horas, durante las que tomaron a unos cien rehenes hasta que las fuerzas de seguridad decidieron irrumpir en el lugar, a raíz de los cual, los secuestradores detonaron sus cinturones con explosivos.

Renato se enteró de esta serie de atentados cuando en un rápido *zapping* sintonizó un canal de noticias local que retransmitía las dantescas imágenes que llegaban desde París. Sin poder salir de su asombro, observó los videos grabados por testigos y víctimas con sus propios *Smartphones* en los que los jóvenes corrían despavoridos por las calles oscuras, se trepaban de las ventanas y balcones vecinos, y se arrastraban por el suelo. Otros, en cambio, simulaban estar muertos para no ser asesinados por los terroristas.

Poco le importó que el partido amistoso entre Francia y Alemania terminó con un triunfo para el local por 2-0, y que recién después del pitazo final el público sospechó que algo malo estaba ocurriendo ya que el personal de seguridad no le

permitió la desconcentración inmediata y debió permanecer sobre el césped del propio campo de juego hasta que se llevó a cabo la evacuación de todo el estadio, por cuyos pasillos algunos se fueron cantando *La Marsellesa*.

Previamente, y alrededor de las 21.53, hubo un tercer ataque suicida a unos 400 metros del ingreso al estadio.

En total, esa noche murieron 137 personas (90 en la masacre del Bataclan) y más de 400 resultaron heridas en un escenario sin precedentes para la Ciudad de la Luz y que se convirtió en el segundo peor atentado en Europa desde el cometido el 11 de marzo de 2004 en Madrid.

Entre los fallecidos ese día también estuvieron siete terroristas, los cuales fueron reivindicados por el grupo paramilitar insurgente *Estado Islámico (EI)* -fundada en Irak y que luego tomó la posta de Al Qaeda-, aunque el cerebro de los ataques, *Abdelhamid*, de nacionalidad francesa, origen marroquí y residente en Bélgica; murió seis días después, durante un violento procedimiento de unas siete horas realizado por la policía gala en un inmueble situado en Saint Denis, en el norte de París, donde este sospechoso se ocultaba.

En ese asalto comando hubo unos 5 mil disparos, granadas, ráfagas de AK-47 y hasta una sospechosa que se inmoló con explosivos, lo que provocó el derrumbe del departamento en el que el terrorista más buscado se resistía junto a otros cómplices.

De acuerdo a los servicios de inteligencia, Abdelhamid había viajado en 2013 a Siria, donde dos años antes había comenzado una feroz guerra civil que cobró más de 400 mil vidas humanas, situación que fue aprovechada por el EI para montar allí uno de sus bastiones y formar brigadas con reclutas provenientes de distintos puntos del planeta, incluso, Europa.

Parecía que París había quedado fuera de la mira de los terroristas islámicos aunque en otras partes de Francia los atentados siguieron causando víctimas inocentes, como las 85 personas muertas y más de 300 heridas durante el Día de la Bastilla de 2016, en Niza, la capital de la hermosa Costa Azul, donde fueron atropelladas deliberadamente en el Paseo de Los Ingleses por un camión de 19 toneladas conducido por el tunecino *Mohamed*, quien también disparó contra la multitud hasta que finalmente falleció al enfrentarse con la policía local.

Sin embargo, el 18 de marzo de 2017, *Ziyed*, otro francés de origen tunecino, cometió un doble ataque terrorista que comenzó a las 6.55 cuando hirió a un policía que lo detuvo en un control vehicular en *Garges-lès-Gonesse*, en un suburbio de París.

Tras esos disparos, escapó en su auto, el cual abandonó poco después en *Vitry-sur-Seine* donde amenazó a los clientes de un bar y luego robó el vehículo de una mujer que viajaba con su hija.

Alrededor de las 8.30, en la zona de embarque de la terminal sur del Aeropuerto de Orly, este tunecino con antecedentes penales por robo a mano armada asaltó a una integrante de una patrulla de tres soldados de las fuerzas aéreas afectados al Operativo Centinela. Lo redujo contra el suelo, le quitó el rifle y gritó: “¡Estoy aquí para morir por Alá!”

Momentos después, el terrorista, que llevaba consigo un recipiente con gasolina, un encendedor y una copia del Corán, cayó muerto por los disparos de los otros dos soldados en una secuencia que quedó íntegramente captada por las cámaras de seguridad del aeropuerto.

Según los investigadores, dadas las conexiones de *Ziyed* con islamistas radicales, su domicilio en *Garges-lès-Gonesse* había sido allanado tras los ataques

terroristas de noviembre de 2015, mientras que luego de morir en Orly, su padre y un hermano fueron detenidos como sospechosos.

El ataque en el aeropuerto causó su clausura provisional y la evacuación de aproximadamente 3.000 personas. Todos los vuelos hacia y desde Orly fueron suspendidos y algunos desviados al Aeropuerto Charles de Gaulle. Y si bien la terminal oeste fue reabierto esa misma tarde, la sur permaneció parcialmente clausurada hasta mediados de marzo.

Mi plan consistió en tomarme el *OrlyBus* desde la terminal sur hasta la estación *Denfert Rocheaux*, ubicada a escasos minutos del corazón de París y desde allí realizar la parte más corta del trayecto hasta mi alojamiento a bordo de un taxi. Aunque, según mis averiguaciones realizadas vía Internet gracias al *Wi-Fi* gratuito del aeropuerto, también podía tomar el subterráneo (Metro) hasta *Saint Michel* y caminar unas pocas cuadras hasta el hotel.

Sin embargo, cuando bajé del micro tras viajar parado junto al sector del vehículo destinado para colocar las valijas, opté por el taxi en vez del subterráneo y así pude disfrutar de un breve paseo en auto por las transitadas calles soleadas de la capital francesa.

Claro que mi escaso conocimiento del idioma local me impidió comunicarme verbalmente con el chofer, a quien tuve que mostrarle en la pantalla de mi *Smartphone* la dirección del hotel ya que él me aclaró que no hablaba "*Anglais*".

Afortunadamente para mí, el taxista fue tan sincero sobre su manejo del inglés como a la hora de cobrarme un precio razonable por dejarme justo en la puerta del hotel, situado en una calle empedrada, angosta y cortada, muy cerca del cruce de las avenidas *Saint Michel* y *Saint Germain*, y del popular *Barrio Latino*.

Y una vez dentro del alojamiento corrí la misma suerte con el encargado del mismo: un hombre delgado, de mediana edad y con un prolijo *goatee* que se presentó como “*Antoine*” hablándome casi como un británico y con suma amabilidad.

Sólo me sentí un poco incómodo cuando me preguntó, con cierto asombro que no disimuló, si yo viajaba solo ya que la habitación reservada era doble. “*This is the City of love and love it's always better when there are two people together* (‘Esta es la ciudad del amor y el amor es siempre mejor cuando hay dos personas juntas’, en inglés)”, me dijo sonriendo, a lo que respondí con una risa nerviosa y sin comentarios.

Y en ese momento comprendí que, a diferencia de lo que ocurría con la mayoría de las personas, a mí no me preocupaba estar solo porque creía que la soledad, si bien tenía como principal defecto que podía ser monótona, repetitiva, redundante y, por ende, aburrida; no me resultaba angustiante ya que esa invariabilidad y constancia aportaba, a su vez, cierta seguridad y certeza.

La habitación que me asignaron estaba en el segundo piso del hotel al que accedí por un diminuto ascensor para dos personas ya que la escalera de crujiante madera era de tan escasas dimensiones como aquel. De hecho, para estar más cómodo dentro del ascensor había que pararse de costado, es decir, apoyado contra alguno de los dos laterales en vez de espaldas al fondo.

Tanto el mobiliario de la habitación como en el resto del hotel estaba construido con el mismo material de la escalera y tenía un diseño antiguo. Y a diferencia de la pieza del *hostal* de Madrid, ésta constaba de más metros cuadrados en el baño que en el sector donde se ubicaba la cama. De todos modos, no tuve inconvenientes en instalarme allí rápidamente.

Por la ventana que daba al pulmón del edificio pude observar que el cielo seguía completamente despejado y cómo arriba del avión había comido un sándwich decidí

salir a pasear por los sitios turísticos más cercanos y aprovechar que era temprano y quedaban muchas horas de sol y buen clima.

Tomé un folleto con un mapa desplegable que había sobre una pila colocada en el mostrador de la recepción y salí en dirección al Este, sin más nada encima que la billetera en un bolsillo de mis pantalones, mi *Smartphone* en otro y una botellita de plástico con agua, que había traído desde el aeropuerto, en mis manos.

En pocos minutos llegué por la avenida *Saint Michel* hasta el *Sena* y si bien a mi derecha podía ver a pocas cuadras de distancia la catedral de *Notre Dame*, opté por caminar hacia la izquierda por la vereda de la avenida *Moltobello* que bordeaba el río y luego cambiaba de nombre a *Quai de Conti*, sobre la cual me detuve en los distintos puestos callejeros que vendían *suvenires*, especialmente, láminas de pinturas famosas, miniaturas de la *Torre Eiffel* y pocillos de café con coloridas inscripciones de “París”.

A medida que avanzaba hacia el oeste comencé a advertir que la presencia de turistas crecía con cada paso que daba. El tránsito vehicular todavía era fluido, aunque resultaba imposible pasar por alto los enormes buses sin techo en el segundo piso que recorrían toda la ciudad y llevaban a los viajantes como yo por unos pocos euros. Según mi folleto-guía, estos micros tenían paradas señalizadas en puntos estratégicos y uno podía subirse y bajarse en cualquiera de ellos y todas las veces que quisiese luego de haber abonado la tarifa que cubría la jornada completa.

Pero a mí me gustaba caminar y detenerme a mirar y aprender en cada sitio que me atraía, sin importar si parecía importante o no ya que en esos detalles, a veces con apariencia de insignificantes, radicaba la esencia de la vida cotidiana en una ciudad.

En mi recorrida me detuve a tomar unas fotografías con mi celular del *Pont Neuf* primero y del *Pont des Arts* después, al tiempo que desde ambos también capté imágenes del apacible *Sena*, sobre el que navegaban lentamente varias embarcaciones

medianas de madera que transportaban más turistas, y de la península en forma de punta de lanza que dividía el agua en dos canales y en la que se localizaba el parque *Square du Vert-Galant*.

A esas altura crucé el río y me adentré en el *Palacio del Louvre*, donde di un paseo por sus amplios patios de pisos y muros de piedra, decorados con una fuente y conectados por sombrías galerías, en una de las cuales, presencié, maravillado y junto a más de una decena de curiosos, el recital de dos mujeres, una tocando el violín y la otra el *cello*, como si fuesen ángeles recién caídos del cielo.

Oír un fragmento de la canción de la película “La Bella y la Bestia” fue un breve pero merecido descanso para mis ojos que hasta entonces no habían dado abasto para captar tantas imágenes del maravilloso escenario parisino, que a esas alturas ya me parecía un verdadero museo a cielo abierto.

“¿Para qué voy a perder tanto tiempo haciendo cola para encerrarme en el Louvre con todo lo que me falta por conocer afuera?”, me dije al llegar hasta la pirámide de cristal del museo donde se amontaban los turistas, en su gran mayoría, de origen asiático que también se tomaban fotografías en las distintas fuentes y estatuas que rodeaban el ingreso.

Después de dar un rodeo y tomar del *stand* de la entrada un folleto con información básica sobre el museo, seguí mi recorrido hacia el oeste, cruzando el arco del triunfo *du Carrousel* y a través del extenso jardín *Des Tuileris*, con sus senderos pedregosos y un verde tan intenso como el celeste que me guiaba desde arriba.

A estas alturas me encontraba sobre la margen norte del Sena y el jardín resultó ser un gran pulmón en medio de la enorme ciudad, donde los paseantes, en especial los más jóvenes, reposaban ya sea en los bancos tipo de plaza o directamente sobre el

césped perfectamente cortado y con canteros repletos de flores multicolores, y tomaban sol.

Durante aquel trayecto arrojé a la basura mi botellita de plástico vacía y compré una nueva con agua mineral a un vendedor ambulante con la piel como el ébano y el cabello mota. Este debe ser descendiente de alguna colonia francesa en África, supuse mientras le hacía señas con mi dedo índice extendido hacia arriba y él asentía. “Un”, pronuncié y le entregué dos euros, tras lo cual, me devolvió la botella y una moneda de 50 centavos. “Merci”, me despedí y continué con mi paseo hasta la *Plaza de la Concordia* en la que se destacaba la altísima *Gran Rueda* que se podía ver desde varias cuadras a la redonda y ubicada de un lado de la calle; y del otro, el *Obelisco* egipcio y la *Fuente De los Mares* situada sobre una rotonda alrededor de la cual transitaba una gran cantidad de vehículos y peatones.

Digamos que aquí comencé a darme cuenta de la magnitud de París, su poderosa atracción para propios y extraños, y su ritmo a veces frenético. Y esto último era de esperarse si se tenía en cuenta la cantidad de personas que iban de un punto a otro. Eso sí, a pesar de esta marea de gente y autos, no presencié el más mínimo incidente en la vía pública.

Por unos momentos tuve la tentación de subirme a aquella rueda para obtener una mejor vista de la ciudad pero la intención de no perder tiempo y de llegar a la *Torre Eiffel*, desde la cual iba a poder conseguir similares resultados, me contuvieron. Claro que antes de reanudar me recorrido tomé algunas fotos de la plaza y sus mencionadas atracciones.

Seguí una cuadra más por la calle *Place de la Concorde* hasta arribar a la avenida *des Champs Élysées*, la cual había estado buscando en mi folleto-guía con el objetivo de que me depositara seguidamente en el *Arco del Triunfo*.

Por esa arteria bordeé el *Jardín de la Nouvelle France* hasta que me crucé con la avenida *Winston Churchill*, donde me desvié un poco del camino hacia la izquierda para llegar al *Puente Alexander III* y apreciar sus columnas claras que contrastaban con el hierro negro de los faroles y, al mismo tiempo, se combinaban con las estatuas de bronce, algunas tan brillantes como los rayos solares que iluminaban aquella tarde como invisibles pinceladas sacadas de la paleta celestial.

Aquí la pausa se prolongó por más tiempo que en la Plaza de la Concordia para poder disfrutar de la vista que desde el puente se tenía de la Torre Eiffel hacia el oeste y de la majestuosa cúpula dorada del *Palacio Nacional de los Inválidos* hacia el sur, cruzando el Sena, donde se podía visitar la tumba del emperador *Napoleón Bonaparte*.

Luego regresé sobre mis pasos por la avenida *Winston Churchill* y la *rue Place Clemenceau*, pasando por delante de la estatua de *Charles De Gaulle*, y continué por *Champs Élysées* en dirección al Arco del Triunfo.

La mencionada avenida fue un espectáculo que me asombró por sus anchas veredas y las lujosas tiendas de ropa y autos de primerísimo nivel, y relucientes boutiques y joyerías que se ubicaban una al lado de la otra, al igual que los locales gastronómicos con sus cartas de cocina de autor y terrazas orientadas hacia la calle, como los asientos de un teatro que enfocan hacia el escenario.

Al detenerme frente a la vidriera de un local de indumentaria deportiva vi una mochila lo suficientemente pequeña para que cupiera dentro de mi valija y decidí comprarla con tarjeta de crédito para poder moverme por la calle con las manos libres y los bolsillos de mis pantalones no tan cargados.

Me retiré de la tienda con la mochila ya colgada de mis hombros -y dentro de la misma la botellita de agua semivacía- y a los pocos pasos me llamó la atención que de cada poste de alumbrado público se desprendía una especie de sogas o cables que cruzaba

la avenida y en el que colgaban banderines de Francia, como si se tratase del decorado para un evento especial. Deben ser adornos para el acto de asunción del nuevo presidente, concluí sin detener mi avance.

Fueron más de 15 cuadras en las que miré vidrieras y me deleité con unos autos de todo tipo, marca y color. Primero en el *showroom* de *L'Atelier Renault*, donde se exhibían dos prototipos, uno de un coche antiguo y el otro de un Fórmula 1. Pero lo que me deslumbró fue que en la esquina de ese museo del automóvil vi estacionados en una misma fila, uno detrás del otro y rodeados de bellas promotoras un Lamborghini amarillo, un Jaguar plateado y una Ferrari roja.

Sin embargo, no todo era lujo y élite, ya que junto algunas de las paradas de autobuses me encontré con un escenario parecido al de Madrid: el de los refugiados, probablemente musulmanes, como en la capital española, a juzgar por sus rasgos y vestimenta, y quienes se sentaban en el suelo y pedían limosnas a los transeúntes.

A veces, no tiene demasiado sentido alejarse lo más posible de los problemas porque la realidad humana está en todos lados, permanentemente a nuestro alrededor, pensé entristecido por aquella situación. “Parece inevitable”, mascullé mientras seguí caminando, por primera vez en el paseo, con la cabeza gacha y los ojos clavados en las baldosas de la vereda.

El jueves anterior a la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 - que luego consagrarían a Macron pero en un balotaje-, eran cerca de las 21 y comenzaba a oscurecer, cuando *Yusuf* descendió de un Renault Megane gris que su cómplice estacionó a la altura del 102 de avenida Champs Élysées, entre las calles *De Berri* y *Washington*, a metros de una patrulla policial que realizaba un control de tránsito en el lugar y de un local de ropa de una reconocida marca ubicado justo en una esquina.

La Policía estaba en alerta máxima ya que unas 48 horas antes había detenido a dos sospechosos que aparentemente planeaban un atentado para los comicios del domingo. Sin embargo, el efectivo que estaba fuera de la patrulla fue sorprendido por Yusuf, quien le disparó deliberadamente con un arma de guerra automática.

Este policía cayó muerto prácticamente en el acto, tras lo cual, el agresor escapó a pie al tiempo que disparó contra otros efectivos que se encontraban en los alrededores y que repelieron el ataque. Y a raíz de este tiroteo, dos de los agentes resultaron heridos mientras que Yusuf falleció en el lugar.

Si bien el tiroteo fue breve generó conmoción en la zona de Champs Élysées, donde la Policía cortó el tránsito en la avenida y las calles adyacentes, y evacuó a los transeúntes, algunos de los cuáles salieron a la carrera de las terrazas de los restaurantes en los que se encontraban cenando. Además, el operativo de seguridad incluyó, como medida preventiva, el cierre de las estaciones *George V* y *Roosevelt* del Metro.

Tras acordonar y despejar el área, los investigadores policiales requisaron el Megane gris abandonado en la escena del crimen en busca de explosivos y dentro del mismo secuestraron un fusil, dos cuchillos y una copia del Corán.

Luego, la Policía descubrió que Yusuf era un ciudadano francés que residía en la periferia de París y que en 2005 había sido condenado por herir a dos policías en 2001.

De acuerdo a los pesquisas, este joven había sido detenido por última vez unos dos meses del tiroteo en el que cayó muerto aunque posteriormente lo liberaron por falta de pruebas.

Por su parte, el EI confirmó dos horas después del atentado que Yusuf había sido el autor del mismo y que se trataba de uno de sus combatientes.

En tanto, los servicios secretos de Bélgica informaron esa misma noche a sus pares en Francia sobre la identidad del supuesto cómplice de Yusuf, por lo que los galos

emitieron una orden de captura para este sospechoso, quien al día siguiente se entregó en una comisaría de la ciudad belga de *Amberes*, donde su abogado dijo que el acusado estaba trabajando en una gasolinera local al momento del tiroteo, aunque en su domicilio se secuestró un *ticket* del tren de alta velocidad que en apenas una hora y media unía París con *Bruselas*, en la que, a su vez, entre 500 y 600 residentes musulmanes radicalizados e instalados principalmente en la humilde comuna de *Molenbeek* habían viajado a *Irak* y *Siria* para combatir.

De hecho, en marzo de 2016, un doble atentado en el aeropuerto y en la red del Metro de la capital belga –donde el 25% de la población era musulmana- había matado a 35 personas –incluyendo a tres terroristas- y herido a unas 350. Es más, *Najim*, uno de los atacantes que se inmoló con explosivos en el aeropuerto, había estado vinculado a los actos cometidos en noviembre del año anterior en París.

Por todo ello, el nuevo atentado en la Ciudad de la Luz volvió a sacudir a los principales líderes políticos mundiales, mientras que los candidatos a las elecciones presidenciales francesas suspendieron sus actos de cierre de campaña.

Mi angustia ante la presencia de los refugiados en los Champs Élysées fue pasajera ya que lo que le siguió fue monumental: el Arco del Triunfo con una bandera francesa gigante que flameaba bajo su bóveda y entre los cuatro anchos pilares que se levantaban en la *Plaza De Gaulle*, a la que crucé de manera subterránea.

Debo admitir que casi me caigo de espaldas cuando parado justo debajo del arco miré hacia arriba atraído por las imágenes de esa especie de cielo raso ubicado a unos 50 metros del suelo, sobre el que se encontraba la *Tumba del Soldado Desconocido* de la Primera Guerra Mundial, adornada con flores.

Había una larga fila de personas esperando para subir a la terraza de la bóveda, por lo que preferí quedarme abajo, observando los grabados del lado interior de los pilares con los nombres de cientos de generales del ejército del imperio francés que lucharon bajo las órdenes de Napoleón, quien fue justamente el que encomendó la construcción del arco en honor a la *Batalla de Austerlitz*, de 1805, en la que los galos se impusieron sobre las fuerzas combinadas del zar ruso Alejandro I y el emperador austríaco Francisco I en un territorio cercano a Brno, por entonces bajo dominio de los austríacos y actualmente en República Checa.

De acuerdo a la información turística a la que se podía acceder -en francés e inglés- en las oficinas del mismo arco, éste recordaba una de las principales victorias de Napoleón y, en ese sentido, cada uno de sus cuatro pilares ostentaba una estatua en su cara exterior: *El Triunfo*, *La Resistencia*, *La Paz* y *La Marsellesa*.

Antes de proseguir con mi plan, presencié un desfile de militares con antiguos uniformes que ensayaban para el acto formal de asunción del presidente más joven en la historia de la República y quien estaba dispuesto a mantener las tropas francesas en la región africana de *Sahel*, tal como lo venían haciendo junto a otros países europeos desde 2012 con el argumento de luchar contra el yihadismo.

Me alejé de la Plaza De Gaulle caminando por una de las veredas de la *avenida Marceau*, cuya traza en diagonal se extendía en dirección al Sena. Y si bien en las primeras cuadras funcionaban distintos comercios, más adelante predominaban los edificios de departamentos destinados a oficinas laborales y residencias particulares, y algunos hoteles; por lo que a raíz de la presencia de estas construcciones de altura, el ambiente se llenó de sombras, al punto que llegué a pensar que el atardecer se había adelantado.

Sin embargo, cuando tomé por la *avenida Presidente Wilson* para cruzar el río por el puente *Del Alma*, advertí que el cielo seguía celeste y con varias horas de luz natural en su tanque de reserva; así que hice una pausa y me detuve junto la baranda color verde agua de dicho *pont*, ubicado a pocos metros de un embarcadero visitado por los turistas que optaban por un paseo acuático.

Mientras descansaba mis pies analicé el mapa de mi folleto-guía y volví sobre mis pasos, abandonando el puente y reanudando mi marcha por la *avenida de Nueva York*, bordeando el Sena hasta llegar a los *Jardines del Trocadero*, en el que junto a una enorme laguna había un parque de diversiones con un carrusel.

Finalmente, tras cubrir unos dos kilómetros y medio desde el Arco del Triunfo, crucé el río por el *punte de Lena* y llegué a la parte posterior del parque en el que se levantaba la *Torre Eiffel* -cuyo perímetro estaba protegido por una serie de estructuras cuadrangulares con un entretejido de aluminio- y que contaba con una gran variedad de plantas y un irregular espejo de agua, el cual debí rodear hacia la izquierda para arribar a la entrada principal, sobre la *avenida Gustave Eiffel*.

El frente de la torre no fue un escenario muy diferente ya que allí había más estructuras de aluminio que se sumaban a los numerosos efectivos de las fuerzas de seguridad que custodiaban tanto el ingreso como el perímetro interior.

Podría decirse que había cierta paranoia en el ambiente -y el sonido frecuente de las sirenas policiales avalarían tal afirmación-, pero en el caso de la torre se trataba de una política de prevención ya que el mismo día del atentado en Niza se produjo un incendio en la base, justo en momentos en que se disparaban fuegos artificiales por los festejos del 14 de julio, lo que generó una alarma masiva y llevó a una evacuación total. Y si bien los investigadores afirmaron rápidamente que se había tratado de un accidente

y no de un acto terrorista, el miedo a que la torre fuese un blanco fácil llevó a aumentar las medidas de seguridad alrededor de la misma.

En ese escenario, sortear el primer puesto de control implicó pasar por una garita junto a un detector de metales y un escáner para los bolsos, mochilas y los objetos que las personas llevaban en sus bolsillos como billeteras, celulares, llaves, cigarrillos, encendedores, etc.

Ese *check point* no me demoró demasiado tiempo, a diferencia de lo que ocurrió en la base de la torre, en la que funcionaban las boleterías que cobraban el acceso a la misma con distintas modalidades ya que se podía ascender por las escaleras de cada uno de los cuatro pilares hasta el primer, segundo o tercer nivel –había un intermedio antes del último pero estaba cerrado al público-; o bien hacerlo por los ascensores que, obviamente, tenía un costo más alto.

De todos modos, el inconveniente no era el valor de la entrada para subir en ascensor sino la larga fila que se formaba para tomar aquel único elevador. Así que me acerqué hasta el último lugar de la cola que tardaba en avanzar pero en un momento dado me alejé apenas un par de pasos para husmear los movimientos en las escaleras y cuando quise regresar a mi posición una veintena de orientales -no distinguí si eran chinos, japoneses, coreanos o qué- se me adelantaron casi a la carrera, y así pasé de estar en el orden 15 al 35, aproximadamente.

“¡La puta madre que me parió!”, insulté en voz baja, al tiempo que me acomodaba en mi nuevo lugar en la fila, la cual se fue volviendo cada vez más larga a mis espaldas.

Durante el rato que tuve que aguardar para subir al ascensor -saqué un *ticket* para el segundo nivel, donde los pilares se unían en el inicio de la punta de dicha estructura que alcanzaba una altura máxima de 300 metros- me asombré ante la

imponente presencia del aquel monumento de hierro pudelado con más de 120 años de vida que de cerca parecía un robot inmenso, sacado de una película de ciencia ficción.

A su vez, y analizando el comportamiento de los orientales ubicados delante mío, concluí en que estas personas se movían todas juntas y en grupos numerosos porque tenían miedo de extraviarse y quedarse solos y sin poder comunicarse en su lengua, razón por la cual, reaccionaban de manera impulsiva. Evidentemente, el temor los motorizaba cuando se encontraban en la vía pública rodeados de extraños y a pesar de que siempre los acompañaba un guía que supuestamente hablaba el idioma local.

Lo cierto es que cuando llegué al segundo nivel de la torre me di cuenta de que el grupo de orientales que me había sobrepasado en la fila no era el único en el lugar. Había otros y todos tenían las mismas actitudes. “Seguramente, esos micros de dos pisos estacionados en cada sitio turístico deben ser los que los llevan y los traen”, me dije mientras trataba de abrirme paso entre la muchedumbre inquieta y llegar hasta algunos de los cuatro laterales para poder obtener variadas vistas de la ciudad.

La primera cara que vi fue la que daba al sur, con el verdoso *Champ de Mars* a mis pies y el centro parisino de fondo. Desde lo alto pude ver los grupos de jóvenes reunidos en círculos sobre el pasto, comiendo y bebiendo como en un picnic, y escuchando música a través de sus *Smartphones*, con los cuales también tomaban fotos y grababan videos para registrar aquel momento de pleno disfrute al aire libre y junto a uno de los monumentos más famosos del planeta.

Al Este, el Sena hacía una curva y se estiraba hasta el horizonte pasando por debajo de los distintos puentes que desde mi posición se asemejaban a unos hilos oscuros que cocían las dos orillas.

Mientras que al recorrer el lado oeste atrajo mi atención una cancha de fútbol 11 de césped sintético perteneciente a un polideportivo que también tenía instalaciones

cerradas -probablemente allí se jugaba al básquet- y una pista olímpica alrededor del campo de juego.

Pero el mejor paisaje se observaba desde la cara que daba al norte, por lo que ese sector del segundo nivel de la torre estaba colmado de gente. Y ante la imposibilidad de hallar un recoveco junto a la barandilla, preferí visitar los comercios abiertos en el pulmón de la torre en los que vendían todo tipo de objetos referidos a la gigante de hierro parisina. También funcionaba un bar en el que compré un café en vaso de plástico para engañar a mi estómago vacío.

Aproveché esa oportunidad para sentarme unos minutos en uno de los bancos del pulmón y así darle un merecido descanso a mis doloridos pies, tras lo cual, alargué la pausa yendo al *toilette*.

Renovado, regresé al exterior del segundo tramo de la torre y me encontré con un sol menos radiante, que se acercaba cada vez más a la línea del horizonte, mientras que muchos visitantes habían comenzado la retirada, por lo que pude hallar un buen lugar junto a la barandilla en la esquina noroeste.

Al frente tenía el *Palacio del Trocadero* con sus escalinatas y terminaciones en dorado, y en la margen sur del Sena, justo al lado del puente de Lena, un carrusel aún más alto, ancho y luminoso que el que había visto en los jardines de dicho palacete, antes de cruzar el río.

El sol ya se encontraba a la altura de la lente de mi celular, así que no me quité las gafas oscuras. Y no me importó tener que fruncir tanto el ceño al extremo que la contracción de los músculos de mi frente derivó en un fuerte dolor de cabeza porque no podía creer el paisaje que tenía ante mí.

Y con ambos codos apoyados sobre el borde de la baranda y enfocando la mirada a través de los agujeros de la red negra que cubría todo el exterior de la torre

para evitar que algo o alguien cayera al vacío, divisé que en la esquina noreste, de cara al poniente, *la Catedral de Sacré Couer* sobresalía como una Dama blanca flotando en un tablero de ajedrez que no contaba con otras piezas ¿Y su Rey?

“Mañana la voy a visitar y le preguntaré”, bromeé sin moverme de aquel lugar y con la sensación de estar volando a más de 100 metros de altura, y en esa posición permanecí hasta que el sol se escondió definitivamente y la oscuridad llegó para quedarse a pasar la noche.

A medida que descendía de la torre, las luces de la misma comenzaron a encenderse y cuando pisé el césped del Champ de Mars, más ocupado por los jóvenes que horas antes, la gigante de hierro se iluminó de todos colores y con un potente reflector en la punta ojeaba la ciudad de un lado al otro.

Algunos quedamos boquiabiertos, otros aplaudieron y un gentío se congregó en esos jardines con lomas bajas y sectores en refacción y acondicionamiento, que estaban delimitados por caminos de conchilla, como si estuviesen en la primera fila del cine o el teatro.

El cielo negro detrás de la torre me anunciaba que ya era tarde, por lo que comencé a alejarme en dirección al hotel y saqué de mi flamante mochila el mapa de mi folleto-guía para encontrar la mejor forma de regresar a mi alojamiento.

Empero, no pude evitar la tentación de recostarme unos minutos en el pasto, con la espalda contra una de las lomas, las piernas estiradas y ambas manos detrás de la nuca, entre ésta y la mochila que funcionó de almohada. Y mientras mis ojos seguían sin poder creer lo que veían, uno de los tantos vendedores ambulantes de piel morena y pelo mota que merodeaba el lugar con su heladera térmica se me acercó ofreciéndome una bebida para brindar, la cual podía ser sidra, vino blanco o *champagne*. Rechacé la

oferta amablemente e instantes después me puse de pie y retomé mi camino hacia el hotel.

No sé bien por qué pero caminé otros dos kilómetros y medio a través de calles y plazas poco transitadas, desde la *Escuela Militar* situada en el extremo sur de Champ de Mars hasta el bulevar Saint Germain, con la idea de tomar allí un bus hasta Saint Michel.

Crucé el corazón del VII Distrito de París en soledad y cuando pisé dicho bulevar, con todos sus comercios cerrados y veredas vacías, volví a estudiar el mapa y comprendí que no me faltaban demasiadas cuadras para llegar. Esta circunstancia sumada que yo no tenía idea de qué bus o línea del Metro tomar, me llevó a inclinarme por seguir caminando, despreocupado del resto del mundo y seguro de mí mismo.

En mi mente se repetían como *flashes* las imágenes del fabuloso paseo de aquella jornada hasta que caí de nuevo en la realidad y entendí que, si bien oscurecía tarde durante la primavera parisina se acostumbraba cenar antes de que anocheciera, en especial, en un día laborable como aquel; por lo que prácticamente todos los locales gastronómicos con los que me topé estaban cerrados al público.

Sólo un par de cuadras antes de llegar al cruce con Saint Michel pasé por un puesto de comidas callejero en el que compré un *crêpe* de jamón y queso y un agua mineral por unos pocos euros. Ahora sí había logrado completar el menú del día y con la panza llena y el corazón contento me acosté a dormir plácidamente apenas entré a mi habitación. Y me sentía tan cansado que ni siquiera pude hacer un *zapping* para conciliar el sueño más rápidamente.

IV

Desperté con la imperiosa necesidad de orinar, por lo que me levanté de la cama y, trastabillando, fui hasta el baño de la habitación del hotel desde cuya ventana que daba al pulmón del edificio vi que ya comenzaba a clarear, a pesar de que el reloj de mi celular indicaba que era muy temprano. Todavía faltaba más de una hora y media para que sirvieran el desayuno que estaba incluido en mi reserva y desde la calle llegaban los ruidos de los recolectores de residuos y empleados municipales que limpiaban las calles y veredas con poderosos chorros de agua. Así que no pude volver a conciliar el sueño y, como la noche anterior me había desmayado en la cama sin darme una ducha tras una jornada en la que había caminado unos 10 kilómetros por el centro de París, me quedé despierto y comencé a llenar de agua tibia la enorme bañera ya que ésta carecía de una regadera fija de altura.

Después de la ducha, me vestí con ropas igual de ligeras que las que había utilizado los dos días anteriores y bajé a tomar el desayuno, el cual se servía tanto en el salón comedor como en el *lobby* contiguo, ambos ambientes conectados por una arcada con marcos de madera. Eché un vistazo al lugar y al cabo de unos segundos me senté en la única mesa para dos que estaba disponible, la cual se ubicaba prácticamente al lado del mostrador de la recepción y desde la que tenía una visión perfecta de la calle a través del frente vidriado del hotel.

La cocina funcionaba junto al *lobby*, por lo que rápidamente un mesero se acercó a tomar mi pedido que, en sí, sólo implicó elegir la infusión: té o café, ya que el resto del desayuno estaba previamente preparado con un par de *croissants*, un trozo de *baguette*, manteca y mermelada para acompañar los alimentos y, por último, un jugo de naranja exprimido. Nada mal para la tarifa que me cobraban.

Durante el desayuno volví a conectar mi *Smartphone* al *Wi-Fi* del hotel para activar la aplicación de mensajería instantánea y descubrí que tenía un mensaje nuevo enviado por “Eduardo”.

“*Cómo va el viaje, querido?*”, preguntó el emisor, ante lo cual, mi primera reacción fue cotejar si ése contacto estaba incluido en el grupo “Amigos” y al ver que así era le respondí: “*Todo bien, gracias.*”

Enseguida, “Eduardo”, quien estaba “en línea”, me escribió: “*Me alegro. Mandame fotos.*”

Sin embargo, como yo seguía sin saber con quién estaba hablando exactamente le dije que lo haría “después” aunque, en realidad, prefería no enviarle más información hasta que él lo hiciese primero y así poder conocerlo un poco más.

Pero “Eduardo” no me escribió más y la charla terminó de ese modo; tras lo cual, aproveché para chequear los correos electrónicos entre los que sólo vi mensajes impersonales y referidos a promociones comerciales o publicidades. Nada importante ni revelador respecto a mi pasado reciente, un interrogante que me perseguía permanentemente, a pesar de que yo procuraba neutralizarlo con la negación como principal herramienta. “Ya voy a recordar. Tranquilo”, me dije en ese momento de angustia que traté de no estirar demasiado. Y al terminar mi desayuno me acerqué a Antoine, quien me explicó la mejor manera de llegar en transporte público hasta la colina de *Montmartre*, donde se levantaba la Basílica de *Sacré Couer*, en el XVIII Distrito de París.

De todos modos, antes de dirigirme hacia allí tenía previsto ir caminando hasta la cercana Catedral de *Notre Dame*. Así que luego del desayuno regresé a la habitación para alistarme, preparé la mochila con una campera liviana e impermeable que guardé enrollada y la botellita de agua que recargué en el *dispenser* de la cocina de la planta

baja, y en pocos minutos estuve en la calle, cuyas veredas aún estaban húmedas por la limpieza efectuada más temprano.

La mencionada catedral combinaba los estilos románico y gótico, y se trataba de una de las atracciones principales de la ciudad, por lo que había una gran cantidad de público allí presente y haciendo largas filas tanto para acceder a la planta baja como para subir a los pisos superiores que contaban con balcones sobre la fachada principal, desde donde las famosas estatuas de gárgolas vigilaban el suelo parisino que se extendía a sus pies.

La temperatura seguía siendo agradable pero, a diferencia del día anterior, el cielo estaba mayormente nublado y así predominaban los grises, los cuales se potenciaron una vez que tomé contacto con las sombras del interior de la catedral, en el que el ambiente se sentía bastante más fresco a pesar de las llamas de las innumerables velas que se encontraban encendidas, especialmente en la parte delantera, junto al crucifijo de bronce ofrecido por el emperador *Napoleón III*.

Para llegar hasta allí tuve que hacer una fila extensa que se movió rápidamente bajo la atenta vigilancia de un efectivo de una de las tantas fuerzas de seguridad que custodiaban la ciudad, que lucía un uniforme opaco –que incluía un casco que le ocultaba el rostro- y portaba un arma larga de asalto preparados para ir a la Tercera Guerra Mundial.

Atravesé un detector de metales ubicado justo en el pórtico de entrada y recién entonces inicié un recorrido breve por la galería principal de la planta baja donde sólo me detuve a observar la bóveda de 33 metros de altura, las esculturas de las tres portadas, estatuas, capillas, pinturas, adornos y otros objetos de interés frente a los que se agrupaban los turistas, otra vez, predominantemente de origen asiático. Y antes de salir al atrio que contaba con unas escalinatas bajas, pocos arreglos florales y un piso de

conchilla, compré una moneda plateada con la imagen grabada de la catedral a través de una de las máquinas expendedoras que funcionaban en el lugar y la aboné con el cambio que me había quedado del pago del *ticket* de ingreso.

El exterior de la catedral me atrajo fundamentalmente por la presencia del gigante rosetón de la sala superior y las tenebrosas gárgolas ubicadas en el nivel siguiente, a lo largo de una balaustrada que ocupaba todo el ancho de la fachada, por lo que me dirigí a hacer la fila para subir hasta allí. Esta “cola” de personas se extendía por una de las veredas laterales ya que el ingreso a las escaleras tipo caracol que conducían a la planta alta estaba ubicado en la esquina noreste. Claro que había una sola escalera, de unos 400 peldaños, la cual era bastante angosta, por lo que había turnos para ascender y turnos para descender, lo que demoraba los movimientos de la fila que avanzaba lentamente. En teoría, según el folleto con información sobre el lugar, las subidas a la torre se efectuaban cada 10 minutos y en grupos de 20 personas.

Mientras esperaba, armándome de paciencia, pasé un largo rato viendo cómo un nutrido grupo de hombres vestidos con overol y manipulando pesadas herramientas, sogas y escaleras metálicas realizaban una mudanza desde el balcón de un departamento del tercer piso del edificio ubicado al otro lado de la calle lateral de la catedral y cargaban muebles y cajas en un camión estacionado junto al cordón de la vereda. Y en medio ese modesto entretenimiento escuché por primera vez desde mi arribo a París un par de voces en español. Miré hacia adelante y me encontré a dos mujeres, una adulta y la otra joven, y por su tono de voz, deduje que eran españolas.

-Qué organizados parecen estar –dije a las mujeres al advertir que observaban a los empleados de la mudanza con tanto detenimiento como yo-. Hasta tienen un vehículo municipal que corta y ordena el tránsito para que trabajen tranquilos.

-Eso parece –sonrió la mujer adulta, mientras la joven asentía-. ¿Argentino?

-Imposible de disimular, ¿no?

-Del mismo modo que nosotros –la mujer adulta trazó en su rostro redondo un gesto de resignación.

-¿Españolas?

-Así es.

-Casualmente vengo desde Madrid.

-Bonito, ¿verdad?

-Sí, sí.

-Pero más bonito es Barcelona. Allí vivimos actualmente.

Deben ser madre e hija, pensé.

-No conozco esa ciudad –aclaré.

-Deberías visitarle –intervino la joven, quien cargaba una mochila y un folleto con un mapa. La adulta, en cambio, no parecía una turista.

-Me gustaría –dije mirando la hora en la pantalla de mi *Smartphone* y meneando la cabeza- ¿Ustedes conocen Argentina?

-Una vez estuvimos en Buenos Aires y también visitamos las cataratas del Iguazú. Precioso –indicó la mujer adulta tensando la correa de su cartera en su hombro derecho- ¿Primera vez en París?

-Sí.

-Increíble, ¿verdad? –La mujer adulta hizo una pausa y miró hacia el cielo como en una señal de agradecimiento a Dios-. Esta es nuestra tercera vez aquí.

-¡Guau! –Abrí grande los ojos y alcé el entrecejo-. ¿Algún consejo o sugerencia?

-Ve al Palacio de Versailles.

-De acuerdo. Gracias.

La fila seguía avanzando sumamente despacio y el cielo amagaba con abrirse, lo que alimentó mis deseos de no quedarme quieto en un solo lugar y ponerme en marcha hacia un nuevo destino. Revisé mi folleto-guía y al contar en el mapa las cuadras que me distanciaban de los *Jardines de Luxemburgo* decidí dirigirme hacia allí. “Hasta luego”, me despedí de las dos mujeres que seguían esperando delante de mí y que me saludaron con un leve movimiento de manos.

Así que crucé el Sena, esperando volver a Notre Dame por la tarde y comencé a caminar hacia el sudoeste por la transitada avenida Saint Michel, la cual contaba con tantos o más locales comerciales que Saint Germain.

En no más de un kilómetro arribé a los Jardines de Luxemburgo, un parque público donde encontré un escenario similar al de Champ de Mars, no tanto por el paisajismo, ya que abundaban los canteros con flores, los estanques, las fuentes y las arboledas; pero sí por la presencia de grupos de jóvenes tirados sobre el césped, bebiendo, comiendo y/o escuchando música.

Era un parque tan amplio y variado que en un sector se podía apreciar un palacio rodeado de estatuas y en otro una serie de campos para la práctica de distintos deportes, como el básquet y el fútbol. Así que me senté en uno de los tantos bancos de plaza dispuestos en la cima de una escalinata y, además de tomar un poco de sol, saqué numerosas fotografías de aquel pintoresco lugar que servía como una especie de refugio de los intensos movimientos y el bullicio del centro parisino.

“Cuánta paz”, me dije entre suspiros y mirando a mí alrededor. Pero mi permanencia allí duró hasta que el cielo volvió a encapotarse, ante lo cual, regresé hasta la estación de Saint Michel -con servicio tanto de Metro como de trenes (RER)-, donde, según me había indicado Antoine, podía tomar el Metro 4 hasta *Barbès Rochechouart* y

allí combinar con la línea 2 en dirección a *Anvers*, y finalmente caminar unos 500 metros hasta la base de la colina donde se levantaba la Basílica de *Sacré Couer*.

Una vez en dicha estación compré a través de una máquina automática un sólo *ticket* que me servía para todo el día en los distintos medios de transporte público - Metro, RER y autobuses- para las zonas 1, 2 y 3, que incluía la periferia, donde justamente se situaba Montmartre.

A medida que avancé por las distintas estaciones creció en mí una sensación de familiaridad y cierto desencanto, como si aquellos sitios estuviesen desentonando con la París de superficie. Entonces me enfoqué en mi guía turística en la que advertí que entre las estaciones de Barbès Rochechouart y Anvers había tan solo siete cuadras de distancia, por lo que para evitar equivocarme en la combinación, tal como me había sucedido en Madrid, decidí bajar en la primera de ellas y caminar.

El trayecto duró menos de media hora a pesar de que era mediodía y había una gran cantidad de pasajeros, lo que, de todos modos, no impidió que viajase cómodamente sentado. Y al salir de la estación inmediatamente me invadió un malestar ya que los alrededores de la misma no eran como yo esperaba. No había ningún sitio por el que pasear a pie sino una gran cantidad de vendedores ambulantes de origen africano que hablaban en su idioma natal y que se agrupaban en cada una de las esquinas.

Esta situación me asustó y comencé a caminar apurado, pero en la dirección equivocada, es decir, alejándome de Anvers. Y cuando advertí mi error no pude encontrar a nadie que me explicase en inglés como retomar el camino correcto. Sólo hallé un parisino me indicó mediante señas hacía dónde tenía que dirigirme. Y de esta manera, terminé caminando el doble delo que tenía previsto para llegar hasta la base de la colina de la Basílica de Sacré Coeur.

Un poco cansado por el estrés que significó volver a perder el rumbo en una inmensa ciudad desconocida, pagué para subir hasta el atrio en el funicular en vez de por las escaleras de hormigón. Y ya desde aquel diminuto habitáculo pude apreciar a la distancia las cuatro cúpulas blancas de la basílica y su torre delantera que hacía las veces de campanario.

Al bajar del funicular sentí que caía una débil garúa, acompañada de un viento moderado, por lo que me coloqué la campera impermeable. De todos modos, estas condiciones climáticas no habían provocado un marcado descenso de la temperatura.

En este escenario, en el que no había tantos turistas como en Notre Dame, ingresé rápidamente al templo, el cual tenía una planta en forma de cruz griega y una serie de 12 capillas a lo largo del perímetro, en el que predominaban, obviamente, las imágenes de Jesucristo.

Realicé una visita corta por el interior de la basílica y al salir advertí que la garúa había cesado, por lo que me senté en las escalinatas del atrio con un café que compré en un puesto callejero atendido por un hombre de piel tostada, probablemente oriundo o con raíces en un país del norte de África.

Una vez que terminé la bebida, recorrí las angostas calles de adoquines de Montmartre, con sus marcadas pendientes y artistas impresionistas que pintaban y dibujaban en plena vía pública. Pasé por el frente de la Iglesia *Saint Pierre*, la más antigua del barrio y ubicada en una calle lateral a la derecha de la Basílica, con la cual contrastaba por sus techos negros y paredes amarillentas.

Minutos después me detuve a almorzar en un restaurante con vista a la calle por la que circulaban los curiosos turistas. Me ubiqué junto a una puerta ventana de vidrio y madera y ordené un pedazo de carne vacuna –cuyo nombre no recuerdo porque nunca lo entendí–, con papas fritas y una copa de vino tinto que aboné con la tarjeta de crédito,

siempre presente dentro de mi billetera, igual que mi pasaporte en uno de los bolsillos delanteros de mi pantalón.

Lo bueno de estar en el extranjero es que sólo importa de qué país vienes y tu número del documento de identidad, no tu fecha de nacimiento, grupo sanguíneo, dirección, código postal ni CUIL, datos que conservaba en mi valija, cerrada con candado y colocada dentro del ropero de la habitación del hotel.

Mientras comía volví a analizar el mapa de mi guía para ver cómo continuar mi paseo por el interior de aquel barrio bohemio denominado “Monte de los Mártires” en honor a *Saint Denis*, el primer apóstol cristiano que había sido enviado a esa parte de la antigua *Galia*. Según los historiados, este apóstol residió junto a sus discípulos en canteros de yeso sobre las que se levantó la colina. Y, de acuerdo a algunas versiones extraoficiales, la segunda parte de su nombre se debió a que allí aparentemente se practicaba el martirio por decapitación.

La *Abadía de Montmartre* fue consagrada en 1147 y sus últimos vestigios desaparecieron en 1843, aunque la iglesia de San Pedro era un testimonio de aquella época en la que pasaron por allí las personas religiosas más importantes de Francia como *Saint Germain*, la reina Santa Clotilde, San Cloud, San Hugo, San Bernardo y, obviamente, San Pedro Venerable, quien fue asistente del Papa Eugenio III. También estuvo Santo Tomás de Aquino mientras dictaba clases en La Sorbona, Santa Juana de Arco durante el sitio de París, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Salles, quienes fundaron en 1534 la Compañía de Jesús; Bérulle, Ollier, Bienaventurada María de la Encarnación, San Vicente de Pablo, Santa Luisa de Marillac y San Juan Eudes, que celebró el primer oficio en honor del Sacré Coeur. De hecho, los hitos religiosos se extendieron hasta 1980, cuando el Papa Juan Pablo II se convirtió en peregrino del Sagrado Corazón durante su viaje apostólico por Francia.

Tras el almuerzo di un paseo por las callejuelas alejadas del centro del barrio, que resultaba un laberinto de locales comerciales y gastronómicos que ocupaban con sus mercaderías y mesas las angostas e intransitables veredas, por lo que todos los paseantes caminaban por el adoquinado, en el que cada tanto aparecía alguno de los micros de turistas de dos pisos y descapotable.

Distanciado de aquello, caminé por calles empinadas y serpenteantes en las que se situaban clásicas casonas de piedra con amplios jardines. Y siguiendo las indicaciones del mapa descendí hasta el *Boulevard de Clichy* donde se ubicaba el *Moulin Rouge*, el cual a esa hora temprana de la tarde estaba cerrado. Así que tomé algunas fotos del frente íntegramente pintado de un rojo furioso y luego subí a la línea 2 del Metro en la estación *Blanche*, a metros del mítico local nocturno, e hice la combinación de regreso en Barbès Rochechouat, por lo que en menos de media hora llegué nuevamente a Saint Michel.

Al salir de la estación chequeé la hora en mi teléfono celular y decidí caminar hasta la avenida junto a Sena, desde donde tenía una clara visión de la cantidad de turistas que merodeaban Notre Dame. Y como noté que en la calle lateral no había una larga fila para subir a la planta alta, me dirigí hasta allí rápidamente.

En efecto, no me demoré demasiado en subir por la escalera caracol hasta la galería de las quimeras, donde tomé fotografías de las gárgolas, luego atravesé la plaza del atrio, en la que me detuve a admirar la bella vista de la ciudad, y finalmente ascendí por unos minutos hasta el campanario de la torre sur.

Lamentablemente, el circuito se manejaba por tiempo y, como había más personas aguardando abajo para subir, cada parada fue breve. Lo que también me desencantó fue que toda la fachada de la planta alta de la catedral estaba protegida por redes, como la Torre Eiffel, por lo que tomar una imagen decente implicaba introducir

el *Smartphone* por uno de los pequeños agujeros rectangulares de la red y con mucho cuidado para que el aparato no cayese al vacío.

De todos modos, y a pesar de que el cielo se cerraba cada vez más por las nubes grises, la vista de la ciudad en penumbras que se tenía desde allí, con el río como hilo conductor y la torre al norte y al fondo, ameritaba no perdérsela. “No todo debe tener mucha luz para verse bien”, me dije. Así que permanecí allí arriba lo más que pude hasta que emprendí el descenso por la escalera, que no era la misma por la que se subía sino que estaba ubicada en el extremo opuesto de la otra.

Bajé cada peldaño lentamente ya que después de tantas caminatas las rodillas comenzaban a dolerme, aunque no tanto como mis pies, que ya padecían algunas ampollas en los dedos.

Pero aquellas molestias valieron la pena y, como premio a mi esfuerzo madrugador, regresé al hotel para recostarme, aunque antes de hacerlo, bebí una copa de vino tinto en uno de los cafés ubicados en los alrededores de la esquina de Saint Michel y Saint Germain, desde donde me dediqué a ver la gente pasar, prestando especial atención a quienes parecían ser residentes de la ciudad.

Al tiempo que bebía, en la vereda de enfrente, junto a la salida del ascensor de la estación del Metro, un grupo de adolescentes, que parecían compañeros recién salidos del colegio secundario ya que cargaban con mochilas, ensayó una coreografía al ritmo de una canción de moda que sonaba por el celular de uno de ellos, y así atrajeron a los transeúntes que, curiosos, los rodearon hasta que terminaron con su *performance*, como si se tratase de un espectáculo callejero programado con anticipación.

Me levanté de la siesta con las piernas más aliviadas y al mirar por la ventana de la habitación del hotel advertí que había comenzado a lloviznar. En la televisión seguían

hablando de la asunción de Macron y de sus futuras reuniones con otros primeros mandatarios europeos, entre los que sobresalía la alemana Ángela Merkel, con quien pretendía refundar la Comunidad Europea. Y si bien yo no tenía una idea precisa de lo que ello significaba, el discurso resultaba atractivo porque, de alguna manera, jugaba al misterio y se prestaba a distintas especulaciones.

Me di un baño, esta vez sí con la ducha de mano, y sin importarme el mal clima salí a cenar temprano. Para resguardarme de la llovizna elegí un “ristorante” cercano, ubicado sobre Saint Germain y que tenía un nombre francés impreso en sus toldos exteriores aunque su decoración interior se basaba principalmente en los colores verde, rojo y blanco, como los de la bandera italiana.

Una vez sentado en una mesa para dos junto al lateral vidriado con vista a la vereda del boulevard, ordené una copa de vino tinto -¿qué sentido tenía mezclar bebidas alcohólicas a esa altura de la jornada, no?- y una pizza “individual” marroquí, que me sorprendió porque tenía el tamaño de un plato playo y ancho, del cual tranquilamente podían servirse dos personas si no tenían demasiada hambre.

Tuve que esforzarme para hacerle lugar en mi estómago a aquella pizza de masa fina pero con una generosa cantidad de ingredientes, entre los que sobresalieron las cebollas, pimientos verdes y rojos, atún y aceitunas negras sin carozo, los cuales me obligaron a comer con la mano para no desperdiciarlos y sin importarme que dicha maniobra fuese vista como una grosería en el Primer Mundo.

Esta pizza resultó ser un verdadero manjar a la hora de comer pero un pesado equipaje al momento de acostarme ya que permanecí con el vientre hasta la mañana siguiente, la cual comenzó sin lloviznas pero con un cielo mayormente nublado, lo que me permitió iniciar mi paseo al Palacio de Versalles.

Antoine ya me había explicado el día anterior que desde Saint Michel debía tomar el Metro 4 hasta *Gare Montparnasse* y allí combinar con la línea “N” de trenes que tenía un servicio especial con destino final en Versailles, por lo que era imposible perderme.

Así que tuve que sacar un *ticket* para las zonas 1 a 5, que abarcaba los alrededores de París, y luego del Metro abordé un impecable tren de dos pisos con tantos asientos que a pesar de la nutrida presencia de turistas parecía ir semivacío.

Las ocho paradas que le siguieron a Montparnasse estaban ubicadas al aire libre y funcionaban, principalmente, en construcciones de escasas dimensiones y rodeadas por espacios verdes, excepto por *Gare de Versailles Chantiers* que constaba de un alto, amplio y moderno edificio con mucho vidrio, pantallas digitales y locales comerciales.

En total, el recorrido fue de poco menos de 17 kilómetros y me demoró unos 35 minutos, que se me pasaron bastante rápido ya que durante el viaje me entretuve con la presentación de un simpático músico “a la gorra” que tocó un par de alegres piezas en su acordeón a piano.

Ante la destreza de este músico no pude evitar filmarlo con la cámara de mi celular y cuando él, parado en un descanso de mi vagón y a escasos metros de mi asiento, advirtió que lo grababa me miró y dibujó unos gestos graciosos, al tiempo que otros pasajeros aplaudían.

Al llegar a la estación de Versailles, el sol ya se había abierto paso entre las nubes y, bajo esa calidez, caminé por las calles de dicho pintoresco y residencial municipio, antigua capital no oficial del reino de Francia entre finales del Siglo XVII y casi todo el XVIII y actual prefectura del Departamento de *Yvelines*, por lo que funcionaba como un importante polo administrativo y judicial, y hasta contaba con su propia universidad.

Me tomó unos 20 minutos llegar hasta la entrada al Palacio, donde los rayos solares rebotaban con suma fuerza en la Verja de Honor del frente, las cuales relucían como si recién hubiesen sido fundidas en oro puro, al punto que me lastimaban las retinas al verlas directamente. Lo mismo me sucedió con los marcos de las ventanas y puertas y los herrajes que bordeaban el techo de la planta alta.

Para entrar primero debí pasar por el medio de las dos caballerizas –la Mayor a mi derecha y la Menor a mi izquierda- y la Plaza de Armas, desde donde ya pude observar alrededor del *Chateau* unas colinas boscosas sobre mesetas que resguardaban el perímetro del mismo, el cual combinaba a la perfección belleza, privacidad y fortaleza, principales atributos de los históricos reyes que allí residieron.

Ya desde el ingreso a la Ala de los Ministros Sur, donde había que abonar la entrada, percibí un brillo especial en el ambiente, como si me encontrase frente a un valioso tesoro. Luego de obtener mi *ticket*, pasé un largo rato en el Patio de Honor delantero, donde tomé fotos de las fachadas, estatuas y la fuente situada justo en el centro del mismo, mientras aguardaba mi turno para ingresar al Palacio, para lo cual se accedía por un detector de metales y sin ningún bolso, cartera o mochila. Sólo estaba permitido pasar con lo que se podía llevar en las manos o bolsillos, como los celulares y cámaras fotográficas digitales, por lo que dejé mi mochila casi vacía en el vestidor.

Apenas ingresé me topé con unos mostradores de atención al público en los que me entregaron un aparato electrónico tipo reproductor de audio con el que pude escuchar una guía en español de cada uno de los sitios de interés, los cuales estaban identificados con números que se ingresaban a dicho dispositivo para comenzar a recibir las explicaciones pertinentes sobre lo que uno estaba viendo en ese momento.

Mi recorrido comenzó por el Patio Real y la Capilla, ubicada en el extremo norte del primero, y al continuar en esa dirección accedí a los distintos salones, el primero de

ellos, las Salas de Luis XIV, repleto de cuadros al óleo que mostraban al Rey, su familia, la Corte y los grandes acontecimientos políticos del Siglo XVII.

Continué por la Galería de la Historia del Palacio, con más cuadros; y los Aposentos de las Hijas de Luis XV, dos sitios en los que la cantidad de turistas fue abrumadora, por lo que caminé a paso lento y apretado, en especial, cuando se detenía un grupo de visitantes que habían pagado para contar con un guía personal que se demoraba en su relato bastante más tiempo que el audio que llegaba a mis oídos a través de auriculares y que yo lo detenía cuando quería.

Cada uno de los salones estaba decorado desde el suelo de madera reluciente hasta el cielo raso -tan altos como las arcadas, puertas y ventanales- y contaban con muebles típicos de la época real, como sillas, mesas, sillones, escritorios, camas, roperos y repisas que exhibían platería, copas y demás utensilios.

Pero lo más extraordinario fue la visita a la Galería de los Espejos y la Cámara del Rey, que tenían una espectacular vista hacia los jardines traseros. Las luminarias doradas que colgaban del techo parecían que se iban a caer encima de mí por lo grandes y pesadas que eran.

A medida que avanzaba en mi paseo me creí inmerso en una película tridimensional de D'Artagnan y los Tres Mosqueteros. Sin espada, uniforme azul ni sombrero con pluma me concentré en el interior del palacio y de esta manera mi falta de memoria pasó al olvido, al menos por un rato.

Mis últimas dos paradas fueron breves: primero en los Aposentos del Delfín y de la Delfina –habitados por el hijo y la segunda esposa de Luis XV- y después la Cámara de la Reina, donde llegaron a nacer 19 hijos reales.

Así concluyó un largo paseo por el interior del Palacio y cuando salí al *Parterre* de Agua en el que había dos grandes estanques ubicados en paralelo frente a los

ventanales de la Galería de los Espejos, me encontré bajo un cielo negruzco que en ese preciso instante soltó un chubasco que ahuyentó a la mayoría de los turistas que buscaron resguardo bajo los aleros del extremo sur de la edificación.

Por fortuna, la lluvia duró apenas unos minutos, tras lo cual, continué el recorrido por el Parterre Sur y el Invernadero de los Naranjos para pasar luego al Bosquete de la Reina, la Fuente de la Madrugada y el Estanque y Parterre de Latona, un conjunto de esculturas de mármol ubicado en el centro del predio de los jardines, en línea recta al Estanque de Apolo y a su Gran Canal que se desplegaban en el fondo, en la parte baja del terreno.

Mientras caminaba por senderos de pedregullo circundados por altas ligustrinas, volvió a asomarse el sol, al tiempo que comencé a escuchar una música difusa, distante, sin poder determinar en un primer momento de dónde provenía. Siguiendo mi intuición, atravesé en diagonal el Bosquete de la Girándula hasta el Estanque de Saturno, donde advertí que no me hallaba demasiado lejos del origen del sonido que estaba buscando. Así que caminé un poco más hacia el sur hasta que me topé con el Estanque del Espejo, en el que los chorros de agua de la fuente bailaban en el aire al compás de distintas piezas de música sinfónica, como las que ejecutaban las orquestas en los famosos bailes de máscaras y/o Carnaval que se celebraron en el palacio desde 1664, cuando fueron inaugurados por Luis XIV.

¡Qué maravilla!, fue la primera frase que me vino a la mente, al tiempo que mi boca permaneció entreabierta durante un rato, hasta que me dejé caer de espaldas sobre el pastizal húmedo junto al estanque. Coloqué mis brazos cruzados sobre mi abdomen y cerré los ojos mojados por el *spray* de la fuente. Me quité las zapatillas y masajé mis pies y si en ese momento hubiere muerto, habría sido el cadáver más feliz del mundo, tal vez, de la historia de la Humanidad.

Lo cierto es que ése fue el mejor tramo de todo el paseo, el cual continuó hacia la imponente Fuente de Apolo, con su conjunto de esculturas de plomo dorado inspirado en la leyenda del Dios del Sol y emblema del Rey. Y detrás de Apolo y su carro me detuve a ver los pequeños botes con remos de madera alquilados por turistas que navegaban por el Gran Canal en forma de cruz y que parecía diminuto –aunque no lo era- si se lo comparaba con el parque trasero que alcanzaba la línea del horizonte.

Cuando creí que había tomado demasiadas fotografías de aquel majestuoso escenario y que ya no podía distinguir la diferencia entre un sitio del otro ya que todos me resultaban igualmente hermosos, emprendí el regreso por el sector norte de los jardines, pasando primero por el frente de la entrada al Palacio de Trianon y Dominio de María Antonieta, al cual no ingresé porque había que abonar el *ticket* aparte y, sobre todo, porque prolongaría mi estadía ya que era casi tan extenso como el predio del palacio principal.

Entonces caminé hacia la salida del predio sin detenerme en los distintos bosquetes y estanques con fuentes, excepto por uno de ellos que me atrajo porque contaba con un laberinto de ligustrinas que me llevó un rato largo sortear entre risas y tropiezos.

Y antes de llegar hasta el Parterre del Norte, el cual exhibía 18 esculturas, tampoco pude evitar detenerme a fotografiar los estanques de Neptuno –uno de los más grandes que vi- y del Dragón, el bosquete de las Tres Fuentes, la Alameda del Agua y, por último, la Pirámide.

Finalmente salí por las puertas del Ala Sur y antes de dirigirme hacia la estación de trenes decidí almorzar en el Jardín y Patio de los Aromas, donde compré un sándwich de jamón y queso que llevaba también unos frescos pepinos y crujientes tiritas de repollo colorado que le dieron un gusto fresco a aquella simple comida, la que

acompañé con una cerveza que me cargó de energías para enfrentar un clima cada vez más pesado y húmedo.

Agotado y sudoroso, guardé la campera impermeable en la mochila y volví con tranco cansino a la estación de trenes para tomar el tren hasta el centro de París, y en el camino repasé las fotos que había tomado con mi celular para asegurarme que todo lo que había visto en Versalles no había sido un cuento mágico sino una realidad.

Era viernes, y según mi folleto-guía, ese día de la semana el Louvre permanecía abierto hasta más tarde, por lo que mientras regresaba en el RER C desde Versalles opté por aprovechar el resto de la tarde para ir a visitar dicho museo. Así que en lugar de combinar con el Metro hasta Saint Michel continué a bordo del tren hasta la estación del *Musée d'Orsay*, el cual también me habría encantado conocer pero no lo hice porque al pasar por la vereda observé una larguísima fila de personas esperando para entrar.

Entonces seguí caminando hasta el Louvre donde el ingreso fue ligero. De hecho, me llevó más tiempo sortear el control de seguridad con escáneres y detectores de metales, una maniobra que ya se había vuelto una rutina para mí. Además, la suerte parecía seguir acompañándome ya que apenas puse un pie dentro del museo se produjo un fuerte chaparrón. “Acá voy a estar a resguardo”, me dije aliviado, al tiempo que bajaba por la escalera mecánica desde la pirámide vidriada hasta el *hall* en el que se abonaba el *ticket*.

“¡Alá es grande!”, se escuchó gritar, en musulmán, a un joven egipcio que en febrero de aquel año atacó con un machete en cada mano a dos soldados que custodiaban la galería comercial subterránea del Museo del Louvre. Según informó la Fiscalía Antiterrorista francesa, esta persona primero golpeó en la cabeza a uno de los

soldados, tras lo cual, quiso repetir lo mismo con el segundo pero no alcanzó a herirlo, por lo que el militar le disparó en el vientre y lo dejó malherido en el suelo.

Para la fiscalía se había tratado de un intento de ataque terrorista cometido por *Abdalá*, quien había solicitado en octubre del año anterior una visa para ingresar a Europa en el consulado francés de Dubái, desde donde voló a París unos veinte días antes del atentado.

Durante su estadía en la capital francesa, el egipcio alquiló un departamento en el VIII Distrito, un automóvil y compró dos machetes en una armería de la Plaza de la Bastilla, todo eso por menos de 3 mil euros.

Al momento de ataque, alrededor de las 10 de la mañana, ya había varios centenares de personas en la galería comercial y el museo, que debieron ser evacuadas a las zonas de seguridad ubicadas en los sótanos del edificio. La Policía también cortó el tránsito en las calles adyacentes y las estaciones del Metro más cercanas. Y recién después del mediodía, los visitantes pudieron salir en grupos y custodiados, mientras que el Louvre permaneció cerrado el resto de la jornada en la que el ex presidente Hollande felicitó públicamente a los soldados involucrados por su “coraje y determinación”.

El interior del Louvre estaba colmado de turistas, como toda París, especialmente en el nivel 1 de la entrada Denon donde comencé el recorrido desde el extremo norte, en el que se exhibían obras de arte decorativo europeas del 1550 al 1850. Sin embargo, el mayor amontonamiento de personas ocurrió en el medio del pabellón en el que se podían apreciar las pinturas italianas de 1250 a 1800, entre ellas, la famosa “La Gioconda” de *Leonardo Da Vinci*.

Decenas de turistas, con sus *Smartphones* y cámaras digitales en mano, se empujaban contra una cuerda que marcaba una distancia de varios metros hasta la pared donde colgaba, detrás de un cristal, la reconocida obra del Renacimiento. Y desde esa posición aquel cuadro parecía pequeño, al punto que si no fuese por la atención que captaba de todos los allí presentes, lo habría pasado por alto. Es más, cuando me di vuelta y quedé de cara a la pared opuesta del salón, me deslumbré con un fresco que se extendía desde el piso hasta el cielo raso y de arcada a arcada: “Las bodas de Caná”, de *Paolo Veronese*. Imponente a la vista y, para el olfato, como si estuviese recién pintada.

De acuerdo a la información de la guía, el lienzo de este óleo medía 994 centímetros de alto por 677 de ancho, había sido pintado 1563 y representaba la historia recogida del Evangelio de Juan, en el que la Virgen María, Jesús de Nazaret y algunos de sus discípulos asistían a una boda en Caná, situada en Galilea. Y fue al final de esta fiesta cuando Jesús concretó su primer milagro al convertir el agua en vino.

Durante varios minutos me quedé de pie frente a aquella obra –sustraída por Napoleón en su campaña de 1797 en Italia y que se encontraba en el Louvre desde el año siguiente-, más tiempo del que le había dedicado a La Gioconda, y me retiré del salón sin entender qué le veían de especial a esa pintura de Da Vinci.

Lo mismo me sucedió cuando la comparé con otras obras del sector contiguo, dedicado a los autores italianos como los claroscuros de *Caravaggio* o los retratos de *Rafael* que despertaron mi admiración.

A continuación, recorrí el salón de las pinturas españolas de 1400 al 1850 y pude volver a disfrutar –como en el Prado- de Goya y Velázquez, pero también de otros autores como El Greco, Murillo y De Ribera.

Me sentí tan satisfecho de lo que acababa de ver esa tarde que le dediqué muy poco tiempo al salón de Gran Bretaña y los Estados Unidos de 1550 a 1850 y, a pesar de

que todavía era temprano, terminé mi visita allí, en el extremo sur del nivel 1, y abandoné el museo. “Tarea cumplida”, me dije sonriente cuando llegué a la calle luego de atravesar la galería comercial subterránea, tan moderna y lujosa como la avenida Champs Élysées.

Sin embargo, el buen humor no me duró demasiado ya que apenas comencé la caminata hacia el hotel volvió a caer un chaparrón, aunque bastante leve, por lo que con la campera impermeable con capucha me alcanzó para no mojarme tanto.

Por la noche no volvió a llover y en el cielo observé una gran cantidad de estrellas en mi camino hacia la *Brasserie* con vista a la fuente de Saint Michel en la que sentado cómodamente en la terraza cené unas pastas con un rico vino tinto.

Un rato más tarde, regresé a mi habitación, me recosté sobre la cama y sintonicé la televisión en el único canal de habla hispana. No recuerdo el contenido de la señal pero sí que me aburrió enseguida. Y antes de quitarme la ropa e irme a dormir me invadió un malestar en el estómago, el cual no se debía a la comida ni a la bebida de la cena. Apagué el televisor y con el ceño fruncido miré detenidamente la pantalla de mi *Smartphone* que no registraba actividad alguna. ¿A quién le importo yo?, me pregunté. Sólo una persona me envió un par de mensajes, pensé apretando los dientes hasta que estos rechinaron.

Pero había algo más preocupante y eso era que, en estas condiciones, yo no podía hacer algo para modificar mi situación ¿De qué me serviría elegir cualquiera de los contactos guardados en mi celular y llamarlo? ¿Qué le diría?: “Hola, habla Renato pero en realidad no sé quién soy y tampoco tengo la menor idea de quién sos vos.” Suena ridículo. Cortarían la llamada y dirían que soy un loco o un enfermo, me lamenté, impotente.

Tal vez en ese momento era un poco de esas dos cosas porque resultaba evidente que se trataba de un escenario anormal. De todos modos, con lo que recordaba haber visto últimamente, tendría que debatir un largo tiempo para discernir qué era normal.

En medio de esa prisión mental se me ocurrió subir a mi “estado” de *WhatsApp* las fotos de mis paseos y esperar a que otros contactos además de Eduardo me respondiese con un comentario y así brindarme nuevas pistas.

Aquella sencilla y limitada idea, que implicaba utilizar mi celular como si fuese el de un desconocido, me reconfortó y finalmente pude conciliar el sueño. Mañana será otro día y veremos que nos trae el sol, fue lo último que se me cruzó por la cabeza.